

DECLARACIONES, TRATADOS Y PACTOS DE POSTGUERRA



Mayor DANIEL PONTON LAVERDE

El continente americano despertó a una sensación de peligro, el 12 de marzo de 1947, al llegar el presidente Truman ante el Congreso de los Estados Unidos con una declaración de guerra fría a la agresión totalitaria, expresándose en los siguientes términos:

“Uno de los objetivos primordiales de la política exterior de los Estados Unidos, es la creación de condiciones en las cuales nosotros y las demás naciones podamos desarrollar una vi-

da libre fuera de la coacción... No conseguiremos nuestros objetivos, sin embargo, a menos que deseemos ayudar a los pueblos libres a mantener sus instituciones libres y su integridad nacional contra movimientos agresivos que tratan de imponer en ellos regímenes totalitarios. No es más que una verdad sabida el que los regímenes totalitarios impuestos sobre pueblos libres, mediante la agresión directa o indirecta, minan los cimientos de la paz internacional y por en-

de, la seguridad de los Estados Unidos".

El presidente pidió al Congreso se destinaran cuatrocientos millones de dólares para la ayuda militar a Grecia y Turquía, ambas amenazadas por la infiltración comunista. Sutilmente, recordó a los legisladores que esta prevención, por costosa que pudiera parecer, era solo el décimo del uno por ciento de los 341 mil millones gastados en la Segunda Guerra Mundial como remedio para el totalitarismo.

Truman fue criticado por acaparar atribuciones que competían sólo a las Naciones Unidas, el nuevo foro mundial organizado a comienzos de 1946. Desde entonces se establecieron una serie de instalaciones temporales en Nueva York y posteriormente fue erigido un magnífico edificio de ladrillo y vidrio como sede permanente. Mas las esperanzas puestas en este parlamento fueron empañadas por el veto en el Consejo de Seguridad por los representantes soviéticos, con el propósito de silenciar discusiones y obstruir el procedimiento. Sin embargo, las Naciones Unidas habían de recobrar y convertirse en bastión influyente para mantener la paz.

Algo más potente que la discusión fue necesario en 1947, empero para ayudar a la devastada Europa a recuperarse de la dolencia económica de la postguerra, que amenazaba consumir a Francia e Italia en el Comunismo.

El remedio fue sugerido por el Secretario de Estado, George C. Marshall, quien propuso que las naciones

desbaratadas por la guerra convinieran en un programa de ayuda propia y mutua, la cual sería financiada dentro de las posibilidades por los Estados Unidos.

El plan Marshall, denominación por la cual había de ser pronto conocido, tuvo su iniciación en las invitaciones cursadas a 24 naciones a una conferencia en París. Los ocho países dominados por los comunistas en: Europa Oriental, declinaron unánimemente. Aceptaron Austria, Bélgica, Inglaterra, Dinamarca, Irlanda, Francia, Grecia, Islandia, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos, Noruega, Portugal, Suecia, Suiza y Turquía.

A pesar de la crítica el Congreso aceptó el riesgo calculado y aprobó US \$ 6.098 millones para préstamos en el primer año. El 24 de Junio de 1948, Stalin tomaba represalias cerrando Berlín al tráfico no ruso, lo cual significaba que las Potencias Occidentales deberían abastecerse a sí mismas y a la población alemana de sus sectores, lo cual hicieron desarrollando la operación Vittles, la que debieron adelantar durante 18 meses.

Las naciones receptoras del Plan Marshall, en el año de 1950 lograron un rendimiento industrial que excedía al de 1938, lográndose así una amplia victoria de la democracia.

El espíritu de solidaridad atrajo mutuamente a las naciones de Europa Occidental, lográndose un impresionante resultado en el pacto defensivo de veinticinco años, firmado en Bruselas el día 17 de marzo de 1949 por

Inglaterra, Francia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo.

Al mes siguiente y por invitación americana, doce naciones se reunieron en Washington para firmar el Tratado del Atlántico Norte, países que acordaron que un ataque a uno de ellos sería considerado como un ataque a todos y en consecuencia, debía ser emprendida una acción por los firmantes, bien fuese individualmente o en conjunto y en la extensión necesaria incluyendo la fuerza armada.

Los norteamericanos en 1950 podían estar orgullosos ante los progresos efectuados por su país durante los cinco años precedentes en la desacostumbrada y desagradable tarea de librar la guerra fría. La revolución efectuada en la política exterior americana, ha sido resumida por Thomas A. Bailey en su "Historia Diplomática de los Estados Unidos", así:

"...Los Estados Unidos trastocaron su doctrina de Monroe en relación con Grecia, aceptando la doctrina Truman. Abandonaron la no intervención patrocinando el Plan Marshall. Lanzaron por la borda la tradición de no alianzas, firmando el Pacto Atlántico. Adoptaron el reclutamiento en tiempo de paz y un presupuesto militar de tiempo de guerra. Se embarcaron en todas esas novedades, que podrían denominarse desviaciones, con extrema desgana pero básicamente en respuesta al instinto de autoconservación. La nueva política americana fue, en realidad, creada más por los hombres del Kremlin que por los de Was-

hington. El pueblo americano había esperado el advenimiento de un mundo pacífico tras la Segunda Guerra Mundial, pero las agresiones de los soviets, simplemente, no le permitieron bajar la guardia"....

No ha sido fácil de recorrer para los americanos el pagar los mayores impuestos en la historia de la nación. Muchos de ellos recordaban amargamente, sin tener en cuenta las extenuantes circunstancias, que se hallaban de nuevo ayudando a las naciones que repudiaran las deudas de la Primera Guerra Mundial. Los receptores de préstamos americanos, lejos de mostrar aprecio, a menudo murmuraban debido a que no les parecían suficientes las cantidades. Las paredes de las casas particulares o estatales que había en Europa parecían estar garrapateadas con la conocida inscripción: Yankis, go home!... y no todos los garrapateadores eran comunistas. En una palabra, puede haber sido mejor dar que recibir durante esos años, pero se requería una gran suma de paciencia cristiana.

Por otra parte, los americanos no podían olvidar que la mayoría de naciones receptoras de Europa Occidental habían sido devastadas no solo por la invasión nazi, sino también por los bombardeos aéreos y por la artillería, en las contra-ofensivas aliadas. Al votar el Congreso miles de millones de dólares para esas naciones, los legisladores estaban actuando en cumplimiento de un mandato de una gran mayoría del pueblo americano.

Entre las otras primicias americanas de la guerra fría, el Pacto del Atlántico Norte fue la primera alianza militar jamás concluida por los EE. UU., en tiempos de paz. Tuvo un efecto saludable sobre la Unión Soviética que levantó el bloqueo a Berlín a condición de que "Los cuatro grandes" se entrevistaran en París. Nada resultó de esta conferencia (23 y 49), excepto la concesión de Rusia en firmar un tratado de paz con Austria.

Si Stalin había esperado, por estas concesiones, obstaculizar la ratificación del Pacto del Atlántico Norte fue condenado al desengaño. A pesar de un bloque aislacionista el congreso aprobó el Pacto por amplia mayoría. La petición del presidente Truman de 1.450 millones de dólares destinados a armar a los nuevos aliados, halló mayor resistencia, pero tras algunos recortes y enmiendas, ambas cámaras aprobaron la medida.

El general Dwight D. Eisenhower fue eximido de sus deberes como presidente de la universidad de Columbia, en 1950 y nombrado comandante en jefe de la N.A.T.O. Como concesión a los aislacionistas americanos, el envío de tropas a Europa fue limitado a cuatro divisiones. Dos naciones más se unieron al año siguiente al Pacto, al ser admitidas Grecia y Turquía.

Las infusiones de capital americano habían tenido un efecto tan estimulante que varias naciones de la N.A.T.O. anunciaron no necesitar de

más ayuda económica. Mas ello no supuso alivio alguno para el contribuyente americano, puesto que los créditos militares crecían en proporción directa o más a la reducción de los préstamos industriales y de parecido orden.

En 1950, las naciones occidentales, bajo la jefatura de los Estados Unidos, pudieron reivindicar una victoria incompleta en los primeros cinco años de guerra fría. Mas no había sido obtenida sin reveses en algunos frentes. El más caro retroceso tuvo lugar en China, donde los comunistas dominaron finalmente a los nacionalistas, a pesar de la ayuda americana. En el otoño de 1949, el Continente Chino había sido perdido para Chiang Kai Shek, quién halló refugio con sus fuerzas restantes en Formosa. Así cobró existencia otra nación comunista y su población de quinientos millones de habitantes excedió hasta los recursos humanos de la Unión Soviética.

Desde otro punto de vista, el mayor golpe moral asestado a los americanos, quienes se suponían únicos poseedores de armas atómicas, consuelo que fue arrebatado en septiembre de 1949, al tener conocimiento de la primera explosión atómica de URSS.

Algunos riesgos se habían salvado en la guerra fría y ahora las naciones de la NATO deben asumir el riesgo de en la que los adversarios se lanzarían mutuamente truenos atómicos a través de los mares, hasta que sus mayores ciudades quedaran reducidas a tumbas de millones de muertos.